

IMÁGENES
1973

Introducción
Jorge Edwards

EL MERCURIO
AGUILAR

Índice

INTRODUCCIÓN Fotografías de una prehistoria, por Jorge Edwards	11
CAPÍTULO 1 Vida cotidiana	17
CAPÍTULO 2 Juventud	45
CAPÍTULO 3 Cultura y espectáculos	63
CAPÍTULO 4 Manifestaciones	95
CAPÍTULO 5 Vida política	131
CAPÍTULO 6 Gobierno	147
CAPÍTULO 7 El día 11	167
CAPÍTULO 8 Nuevo régimen	185



Fotografías de una prehistoria

por Jorge Edwards

En la memoria parece ayer, por lo menos en la de la gente mayor, pero en las imágenes, en fotografía, son treinta años, una generación completa, una época que desapareció. Los peinados, la ropa, los automóviles, el paisaje urbano en su conjunto, hasta las caras y los gestos: todo es de antes, todo es una prehistoria. Parece un país más ingenuo, más remoto: la ola revolucionaria llegó desde muy lejos, desde los mares tormentosos del siglo XX, y golpeó con fuerza, pero resulta claro que los personajes no entendieron o entendieron pocas veces y solo a medias el drama en su profundidad, en todas sus ramificaciones. Chile, un país del extremo sur de la tierra, una región donde la conciencia regional decía que nunca pasaba nada, se convirtió en otro engranaje de la guerra fría, en otro peón, en uno de los escenarios del gran conflicto contemporáneo. Pero la gente, en su mayoría joven, corre de un lado para otro, se ríe, desfila con el puño en alto, o se para con una guitarra, con una bandera, y da la impresión de que todo el movimiento no podría tener consecuencias mayores. Es que se trata precisamente de otra época, de una etapa anterior. ¿Sabía la gente que alguien, no se sabía quién, quizás nadie, quizás el puro transcurso de la historia y de sus tendencias, había colocado una bomba de tiempo en el centro de todo, en las claves del país? Salvador Allende sonríe casi siempre, mira hacia adelante, con evidente optimismo, y se toma un vasito de helado de vainilla. Nemesio Antúnez, vestido a rayas verticales, artesanales, envuelto en una larga bufanda, medita detrás de un busto de don Francisco de Goya y Lucientes. ¿Pensaba en pintura negra, en pesadillas, en caprichos, en el sueño de la razón que ya se había puesto a engendrar monstruos? El Pollo Fuentes, astro popular en ascenso, tiene una vestimenta de un kitsch de color gris perla. Neruda es el más preocupado de todos, pero ya estaba muy enfermo, y a lo mejor trataba de explicarle a su amigo Salvador algo que a su juicio no andaba

demasiado bien. Doña Tencha está sentada en un sillón confortable, en algún rincón de La Moneda, presidiendo en actitud modosa, de manos cruzadas encima de la falda, una fiesta que parece de cumpleaños, un grupo de familia o de oficina. Me pregunto si no es el general Mendoza el que está en la extrema izquierda. Otro de los preocupados, como Neruda, es Aylwin, don Patricio, y con perfecta razón, sin la menor duda. Andrés Zaldívar, al frente suyo, parece que todavía no hubiera salido de los patios de la Escuela de Derecho de la calle Pío Nono. Y qué juventud la de Nicanor Parra, la de Nissim Sharim y Jaime Vadell, la de todos: qué tiempos. Es una historia que parece gestarse a partir de la no historia, de lo más sencillo y cotidiano. Un anciano con una muleta tiene una gorra donde dice *Venceremos* y donde está dibujada la hoz y el martillo, pero se ha dormido debajo de sus emblemas. Él ni siquiera sospecha lo que podría acarrear esa somnolencia, ese abandono. Es el camarón que se duerme. Por lo demás, las fotos hacen creer que nadie sospechada. Ni siquiera los grandes responsables, los poderosos, los políticos. Basta ver ahora las imágenes de la calle, leer algunos letreros, para comprender que la violencia crecía, que nadie podría contenerla, pero da la impresión de que la gente prefería postergar, no pensar demasiado, no adelantarse. Ni siquiera los actores principales. No sacaban conclusiones, a pesar de que todas las cartas terminaron colocadas encima de la mesa. Hasta que llegaron las explosiones en La Moneda, que marcaban el punto de no retorno, la aceleración del tiempo, y todos empezamos a saber. Hasta el minuto del retiro por un soldado y un grupo de bomberos del cadáver de Salvador Allende, tapado con una manta que parece araucana, por una puerta lateral, vergonzante.

Las famosas colas, síntomas y símbolos del muy mentado desabastecimiento, parecen, en estas fotografías por lo menos, inocentes, tranquilas, casuales. El despacho de la mercadería era lento y se formaban

de un modo natural, como se forman las nubes. Bajo la lluvia, con paraguas, y frente a una tienda de helados Savory. ¿Por qué tanta demanda de helados en un día de lluvia, o se trataba de otra cosa, de una venta secreta, de algún misterio del mercado negro? Con la excepción de un niño de impermeable y de capuchón, la gente mira para otro lado. En medio de un silencio, de una pasividad francamente extraordinarios. Los únicos que se muestran inquietos son los perros. Porque no existe, a juzgar por estas cámaras, una ciudad más llena de perros. El allendismo, entre otros fenómenos, fue una versión despreocupada de la ciudad y los perros. Hay uno que se pasea, con perfecta falta de respeto, frente al automóvil oficial del jefe del Estado: es un vehículo de museo, digno de una película del Hollywood de los años cincuenta, y detrás van los generales y los lanceros a caballo. El perro, hermoso ejemplar de quiltro quillotano, mira con ojos brillantes, con intensidad, alerta. Algo tendrá que pasar por aquí, parece que se dice a sí mismo, con lucidez, con filosofía canina.

Los fotografías me recordaron los sucesos de París en mayo de 1968. Me dieron la sensación de una rebelión del 68 en el Tercer Mundo, en el extremo sur del planeta, y con ribetes, con detalles poco visibles, que en realidad superaban la rebeldía, que tocaban el tono revolucionario. Estos detalles no eran muchos, en cualquier caso, y no parece que nadie les diera demasiada importancia. Cuando las cámaras se acercaban a las aglomeraciones y a las colas, alguna gente se daba vuelta para aparecer en la foto. No creo que haya sido así en el octubre de San Petersburgo, o en enero de 1959 en la entrada de los guerrilleros a La Habana. Pero a lo mejor me equivoco. La Revolución Cubana en sus comienzos es la que más recurrió a la fotografía. La Unidad Popular también tuvo sus fotógrafos, como lo demuestra este libro, pero quizá predominaron los documentalistas de cine y de televisión. Eran los años del *cinema vérité*, del cine verdad. Pero es

posible, al mismo tiempo, que las revoluciones y las tecnologías avanzadas sean contradictorias.

Una tarde viajaba en un metro desde la ribera izquierda del Sena hasta la ribera derecha. Esto ocurría en la primavera del año 68, en los primeros días del mes de mayo. Todavía no sabía que había disturbios serios en La Sorbona, a pesar de que en días anteriores se habían notado señales de agitación estudiantil, y el convoy mío, rutinario, cualquiera, se detuvo en la estación Saint-Michel, que corresponde al corazón del Barrio Latino. Me tocó presenciar entonces un espectáculo extraño: jóvenes que bajaban corriendo a los andenes, que entraban a los carros a empujones y que al mismo tiempo se reían y lloraban. A los pocos segundos se sintió un olor picante, que molestaba en las narices y en la garganta, y comprendimos que eran residuos de gas lacrimógeno. Nos encontrábamos en canales subterráneos, pero la superficie, la calle, ya estaban ocupadas.

El proceso de la rebelión juvenil creció en forma vertiginosa, después se arrastró durante semanas, se descompuso, y al final, no con un golpe sino con un suspiro, como habría dicho el poeta T. S. Eliot, se deshizo. Vino una restauración del orden severa, tajante, en la que la gente burguesa y pequeño burguesa, los carniceros, los panaderos, los dependientes de tiendas y los choferes de taxi, participaban en forma entusiasta. En las altas esferas, encima de las panaderías, regresó el general De Gaulle en gloria y majestad. Ahora bien, no hubo necesidad en Francia, a diferencia de lo que sucedió entre nosotros, de alterar el sistema político. Se trataba de una cultura más antigua y más astuta. Y la rebelión, por lo demás, había sido bulliciosa, escandalosa, pero no había llegado tan lejos como la nuestra. Los viejos países tienen mecanismos defensivos que operan con notable eficacia. Son países que tuvieron un largo aprendizaje histórico, a diferencia de nosotros, repúblicas de organización más reciente, y estamos obligados a pagar

el precio de esta inexperiencia. La Unidad Popular fue mayo del 68 más la Comuna francesa de 1870, la del final de la guerra franco-prusiana, y sabemos que la Comuna desembocó en un baño de sangre. Pero nadie, como ya he dicho, puede aprender de la experiencia ajena. Los generales nuestros salieron de la nada, o de una zona de sombra, y eran mucho más primarios, más bárbaros de lo que nos habíamos imaginado. O creyeron que no se podía actuar de otro modo, quizás, precisamente, por inexperiencia, por falta de conocimiento de la política y de la historia.

Todo anunciaba el golpe de Estado y casi nadie lo veía venir. Los personajes de las fotografías pueden estar desconcertados, pero muy pocos se imaginan aquello que ya se anuncia. Me acuerdo del general Prats en París, de regreso de Moscú, ya avanzado el año 1973. El ejército tenía que comprar nuevos tanques y solo había conseguido créditos de la Unión Soviética. ¿Y cómo eran los tanques rusos, general? No sé si la pregunta la hice yo o la hizo un vecino de la mesa de trabajo, pero me acuerdo de la respuesta, del tono y hasta de la cara del personaje. Los tanques rusos son buenos, respondió, y responden muy bien a las necesidades nuestras, pero si los compráramos, no alcanzarían a llegar a Chile. Como se ve, el general nos entregaba un anuncio, un vaticinio bastante lúgubre, a la vez que lúcido. Quedé con el encargo oficial de tramitar créditos franceses y me acuerdo de una conversación de mañana de sábado, en condiciones excepcionales, ya que el resto del Quai d'Orsay, el Ministerio de Relaciones, estaba cerrado, en la oficina de nuestro amigo el embajador Saint-Légier. Él ya había terminado su misión en Chile y era director del Departamento de América de su Ministerio. En esa mañana de vísperas me escuchó con atención, me dijo en seguida que el crédito para los tanques ya estaba concedido, y agregó: lástima que su país tenga que gastar sus recursos en estas cosas. Creo que lo dijo

con sinceridad, con tristeza auténtica, no fingida, y con la intuición, compartida por mí, de que la historia chilena llegaba a una encrucijada. Era la época de las negociaciones sobre Vietnam, de los encuentros de Henry Kissinger en París con las delegaciones de Vietnam del Norte y del Vietcong. Los camboyanos también desempeñaban un papel importante. Y era frecuente que nos encontráramos en reuniones diplomáticas, vietnamitas, camboyanos, chilenos, y que habláramos de la peligrosa situación de Chile. Con vendría mucho que ustedes conversen con Kissinger, me dijo alguien en esos días, y el consejo, ahora, suena entre inocente y absurdo. En Chile, por lo demás, todavía se conversaba, como lo demuestran algunas de las fotos, pero eran conversaciones bloqueadas, que se acercaban rápidamente al punto de no retorno. Hay un Patricio Aylwin joven, patilludo, melencólico, que mira para otro lado con un gesto incómodo, contra un fondo de papel lleno de estrellas nacionales. Salvador Allende le vuelve la espalda y da la impresión, a pesar de todo, de que todavía está optimista. Lo que ocurre es que Allende, sin un optimismo esencial, no habría podido hacer nada de lo que hizo. Era un ánimo que lo salvaba en forma momentánea y que en definitiva fue su perdición.

Me acuerdo ahora de una de las conversaciones más reveladoras de aquellos últimos meses. El funcionario encargado de Chile en el Fondo Monetario Internacional era un economista francés afable, de mediana edad, emparentado por familia y por inclinaciones intelectuales con algunos de los máximos dirigentes del socialismo de su país. Según él, su designación por el directorio del Fondo era un gesto de buena voluntad hacia el gobierno chileno, una demostración de que no trabajarían en los temas nuestros con prejuicios ideológicos. Mi amigo el funcionario regresó de Santiago en uno de sus múltiples viajes y me contó una larga conversación suya con el presidente Allende. Antes no había tenido ocasión

de conversar tan largo con él, pero ahora, cuando la crisis se agudizaba, Allende había querido conocer sus opiniones. El representante del Fondo Monetario le explicó los efectos que podría tener en el país la inflación monetaria galopante que ya se había desatado. Le habló de Indonesia y de los sucesos que rodearon el golpe de Estado allá. Al final, después de una conversación que había sido sobre todo un monólogo, Allende le hizo la siguiente pregunta: ¿y por qué a usted le entiendo todo y a los economistas míos no les entiendo una palabra? Era, como se puede ver, una pregunta delicada, en el fondo terrible, y una confesión dramática.

Recuerdo que salimos de la última renegociación de deuda en el llamado Club de París, el grupo de nuestros acreedores que se reunía con nosotros a un costado del antiguo Ministerio de Finanzas, situado entonces en el edificio del Louvre, y que caminamos bajo un crepúsculo extraordinario, a la sombra del Arco del Carrusel. Julio César con sus caballos imperiales se destacaba en un horizonte rojizo. Entre nosotros, miembros de la embajada, delegados que habían viajado desde Chile, además del funcionario internacional amigo, flotaba una impresión de desánimo, de fin de una etapa. Lo que se había conversado en la sala de reuniones revelaba sin ambigüedades que las finanzas chilenas estaban bloqueadas, agónicas, y que no había indicios de que pudieran mejorar en el futuro. Los delegados de los acreedores principales habían hecho una que otra declaración de buena voluntad, pero no habían cedido en nada. Yo había participado hacía poco en una reunión con el directorio del Banco de Europa del Norte, institución formada con capitales soviéticos, y tampoco, en último término, habían ofrecido nada. En buenas cuentas, el crepúsculo sobre las Tullerías decía más, tenía más sentido, que las discusiones de finanzas. Llegamos a una fiesta en un jardín, al costado de unos talleres de pintores, y le conté a mi amigo argentino Antonio Seguí,

pintor de gran éxito entonces y ahora, de los datos sobre el golpe en Indonesia, de la inflación galopante de Chile, de los créditos internacionales bloqueados, y abrió los ojos con expresión de espanto y con una exclamación muy argentina. Donde los expertos dudaban, los artistas no tenían la menor duda.

Llegamos después a la embajada chilena, al edificio del número dos de la avenida de la Motte-Picquet, y me acuerdo de un ambiente de escepticismo, de cansancio, de papeles tirados encima de cojines y desparramados por las alfombras. Alguien, un delegado socialista, me había contado que en los días anteriores a su viaje, en Santiago, participaba en ejercicios militares para defenderse del golpe que, ahora sí, parecía inminente. ¿Y tú crees que hay defensa? Él se encogió de hombros. Uno de sus camaradas más conocidos había dicho hacía poco, en privado, que sería una guerra de tanques contra escupos. Las perspectivas, en consecuencia, eran oscuras. El horizonte se había cerrado. Algunos años después, en Madrid, me encontré con uno de los miembros de ese banco soviético en París con el que habíamos tenido conversaciones. Era una española republicana que había tenido que emigrar a Moscú después de la guerra suya. ¿Y por qué no me preguntaste?, me dijo. ¿Y qué querías que te preguntara? Es que yo te habría contado que teníamos instrucciones terminantes de no darle crédito a Chile...

En aquellos días se producían reuniones heterogéneas en los salones de la Motte-Picquet: un par de generales, tres o cuatro políticos de la U.P., parlamentarios de la democracia cristiana y la derecha. Había una convivencia mínima, de los dientes para fuera, y una enorme reserva. Me acuerdo del general Ruiz Danyau en su rincón, del jefe comunista o socialista fulano en su otro rincón. En el medio había una alfombra deshilachada, venida a menos, una tierra de nadie. Cuando los embajadores Pablo Neruda y Matilde Urrutia habían partido de regreso, me

había asomado y había visto unas migas de galleta en aquella misma alfombra, entre las hilachas. Matilde era una espléndida dueña de casa, de modo que el detalle me había parecido premonitorio. Después, en el alféizar de una ventana, encontré un abridor plateado de botellas en forma de pescado. Nerudiana dispersa, me dije, recuerdos del poeta del *Gran Océano*. Todo era síntoma, todo apuntaba en una dirección inquietante. Pero, sin duda, es más fácil descifrar las cosas después de que han ocurrido.

Pedí permiso y emprendí el regreso por etapas, decidido a contar algunas cosas. Estaba convencido de que la crisis chilena era extrema y de que no se perdía nada con dar algunos indicios. Creía, incluso, que existía el deber de hacerlo. Era una más que probable ingenuidad, pero insistí en el tema. Una mañana de fines de agosto, en el pueblo marítimo de Calafell, al sur de Barcelona, ya en la provincia de Tarragona, salí con Carlos Barral, editor mío en su pequeña empresa Barral Editores, además de poeta y ensayista, en su patín a vela. Estábamos en alta mar, a la vista de un Calafell reducido por la distancia, más primitivo y hermoso que el de ahora, y le dije a Carlos que la experiencia de la Unidad Popular se acercaba a su fin. ¡Cómo!, exclamó él: ¡Estás muy equivocado! Pero se quedó pensativo y regresamos de alta mar sin hablar mucho. Un par de semanas después, el día once de septiembre a media tarde, yo trabajaba en una casita arrendada de la primera fila, junto a una ventana que enmarcaba el Mediterráneo, surcado a veces por algunas velas, como si fuera una pintura marina. Hacía las correcciones finales del manuscrito de mi libro *Persona non grata*, cuya publicación en la editorial de Carlos ya estaba decidida. De repente llegó mi hija Ximena a la carrera, sofocada, con los ojos abiertos como platos. Venía de ver la televisión de la casa de los Barral, una de las dos o tres del pueblo en aquellos años, y me dijo que estaban bombardeando La

Moneda. Todos corrimos a sentarnos frente al televisor. Empezó a sonar el teléfono sin parar. Dos o tres horas más tarde llegaron Mario Vargas Llosa y Patricia desde Barcelona. Después llegaron Pepe Donoso, Pilar, Mauricio Wacquez y no recuerdo si alguien más desde Sitges. Pepe, que en política siempre tuvo reacciones extravagantes, despistadas, dijo que podía ser un "golpe peruano", esto es, de militares de izquierda. ¡Qué golpe peruano ni qué ocho cuartos! Llegaba más gente y había caras preocupadas, angustiadas. Era, en efecto, un final, una vuelta de página, y el porvenir se veía negro. Recibí un llamado por teléfono desde Chile y comprendí de inmediato que había mucha gente que celebraba. La división del país se había profundizado, ¡y para cuánto tiempo! Las cosas han cambiado mucho, han cambiado incluso más de lo que la gente piensa, pero todavía sentimos que la reconciliación está muy lejos. Las fotografías lo anunciaban, en verdad, todo, pero en la cercanía temporal se veían grises, inciertas. Ahora las podemos mirar en segunda instancia, en segunda lectura, y muchos indicios se aclaran. Se plantea, desde luego, una terrible pregunta: ¿quiénes murieron, quiénes sobrevivieron? Veíamos las fotografías en el presente y ahora las vemos desde la distancia de la historia. O miramos una prehistoria, un pasado desaparecido, ingenuo, escaso de conciencia, y lo hacemos hoy con visión histórica. La visión de la historia nos acerca a la noción del destino. Estábamos, parece, predestinados. Son fotografías instructivas. Tenían razón aquellas niñas, al fin y al cabo, en escuchar a Sandro y en andar de minifaldas. Actuaban, parece, con una sabiduría instintiva. Todo lo demás iba a terminar mal, en el desastre. En todo caso, ahora, si miramos estas cosas a sabiendas de que pertenecen a un pasado remoto, a una época de ruidos y furros que no significaban mucho, tenemos la posibilidad de doblar la página. Por mucho que nos cueste a todos.







Niño chinchinero
en la Alameda.





Jaime Fillol y Patricio
Cornejo: la dupla histórica
de la Copa Davis.



El "maracanazo" de Colo Colo. Carlos Caszely entre "Chamullo" Ampuero y Mario Galindo celebran el triunfo sobre Botafogo.
A la derecha: equipo de Colo Colo, vicecampeón de la Copa Libertadores.



Una posible venta de alimentos en depósito de la Empresa de Comercio Agrícola (ECA) fue causa de una de las colas cotidianas, a 33° a la sombra, en calle Lourdes.





Niño vendedor de pavos.





Público de "Titanes del ring".
A la derecha: un día en el Far West.

AR WEST EXPRESS

POST OFFICE

TOWN JAIL



CASA



BAR LACTEO
POPULAR



Niños de la escuela de la población La Nueva Habana



La falta de vacuno en carnicerías incidió en el consumo y alza de precios de la carne de equino.





Suplementera.







De madrugada, una cola para el pan.



Colegialas tomando helado en Providencia.





Personal de ejército resguarda una bomba bencinera. Por disposición gubernamental se suspendió la venta de combustible.





Zoológico de Santiago.
A la derecha: vista de la capital desde el Parque Metropolitano.







A la izquierda: jóvenes "haciendo dedo" a Viña del Mar.



















Hot pants en el Parque O'Higgins.









Una noche en el
Topsy, Reñaca.









Isabel Parra con sus hijas.



Ángel Parra en la Peña de los Parra.



Una escena de la película
Palomita blanca de Raúl Ruiz, con
Rodrigo Ureta y Beatriz Lapidó.





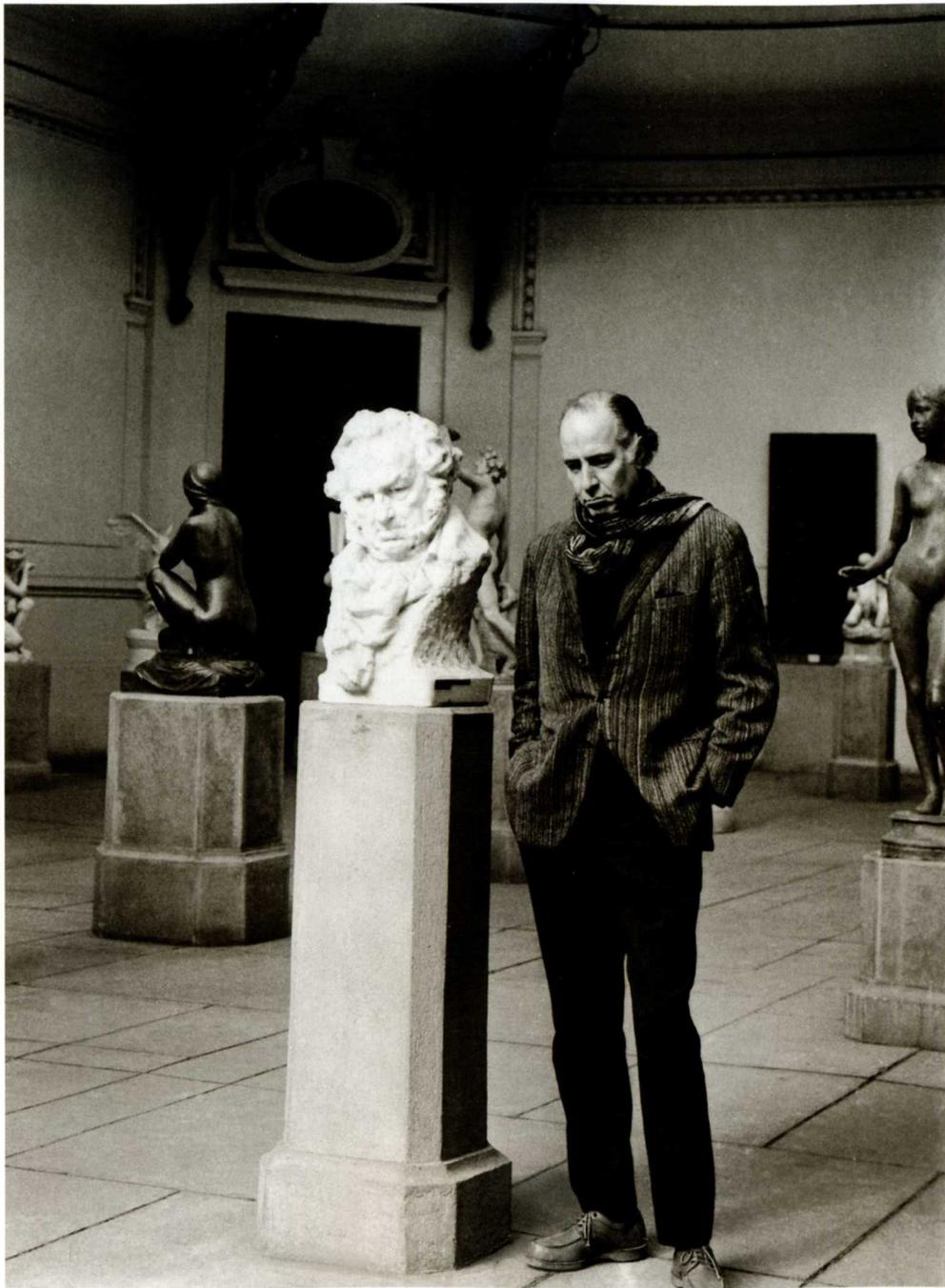


El grupo de teatro Ictus.
A la izquierda: *Tres noches de un sábado*, obra presentada en el teatro La Comedia.





Niños sorprendidos ante el humor del cronista y escritor, Enrique Lafourcade.



El artista Nemesio Antúnez, entonces director del Museo de Bellas Artes.



El cantante popular
Víctor Jara.



El humorista
Coco Legrand.



Directiva del "Club de amigos de Sandro".







Bambalinas del Bim Bam Bum.
A la izquierda: la vedette "Pítica" Ubilla.





El estilista Adolfo, en plena ejecución de una "toca".







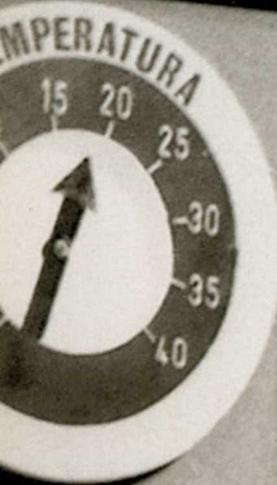
Más de once mil personas asistieron al Teatro Municipal a presenciar la polémica ópera rock *Jesucristo Superestrella*, que, curiosamente, en Chile no tuvo nada de polémica.



Cecilia se consagra como una
de las voces de la Nueva Ola.



Buddy Richard comienza a producir sus propias canciones.



SALIDA



El actor Jorge Guerra caracterizado como Pin Pón.
A la izquierda: "El hombre del tiempo", Willy Duarte.



La cantante Maitén Montenegro. A la derecha: el periodista Julio Martínez.



El padre Raúl Hasbún en televisión. A la derecha: el programa político *A esta hora se improvisa*, conducido por Jaime Celedón. Entre sus participantes figuraron José María Navasal, José Joaquín Brünner, Julio Martínez, Germán Becker, Jaime Guzmán y Claudio Orrego Vicuña.





El humorista Edmundo "Bigote" Arrocet. A la derecha: los cantantes Nano Vicencio y José Alfredo "Pollo" Fuentes.









PANTURAS

T. J. AMAR

GLEISNER

GLEISNER







En la puerta de entrada al edificio de la Distribuidora Nacional, en calle Compañía.
A la derecha: manifestación de universitarios gremialistas.



G

POR LA UNIDAD GREMIAL FEUC ¡PRESENTE!

RSIDAD
ALES

DEFENSA
DEL
FUERO
INDICAL

FEUC '72

TELEVISORES
SYLVANIA

POLYCR

AUTOS

KLEINKOPF

CARRIO







Simpatizantes del Gobierno durante el Mensaje Presidencial de mayo.









El "tanquetazo".

Arriba: el ministro José Tohá junto a los generales Carlos Prats y Augusto Pinochet.





YA EL GOBIERNO POPULAR

SINCA
REEDICION
OLUCION

SOMOS
FACISTAS
MARIPONES
AHORA

Cristerias
Toro
Presente

MUERAN LOS JUECES
LAS VENDIDOS
DESGRACIADOS
YA PUES COMPAÑERO
MANDURA
CON LOS MOMIOS HUECOS

LOS TRABAJADORES
DECIMOS BASTA
MOMIOS CONCHESU...
¿OYERON?



















Manifestación de la DC ante las Juntas de Aprovisionamiento Popular (JAP).







Esposas de los mineros de El Teniente desfilan por las calles del centro de la capital.
A la izquierda: mineros en huelga en Santiago.









Estudiantes de la Universidad Católica se dirigen a Rancagua en camiones cargados con ayuda para El Teniente.
A la derecha: familiares de los mineros reciben alimentos.





Camiones se paralizan en Chuquicamata.

Juventud
demócrata cristiana.





Juventudes
comunistas.



Profesoras de arte en población La Faena.

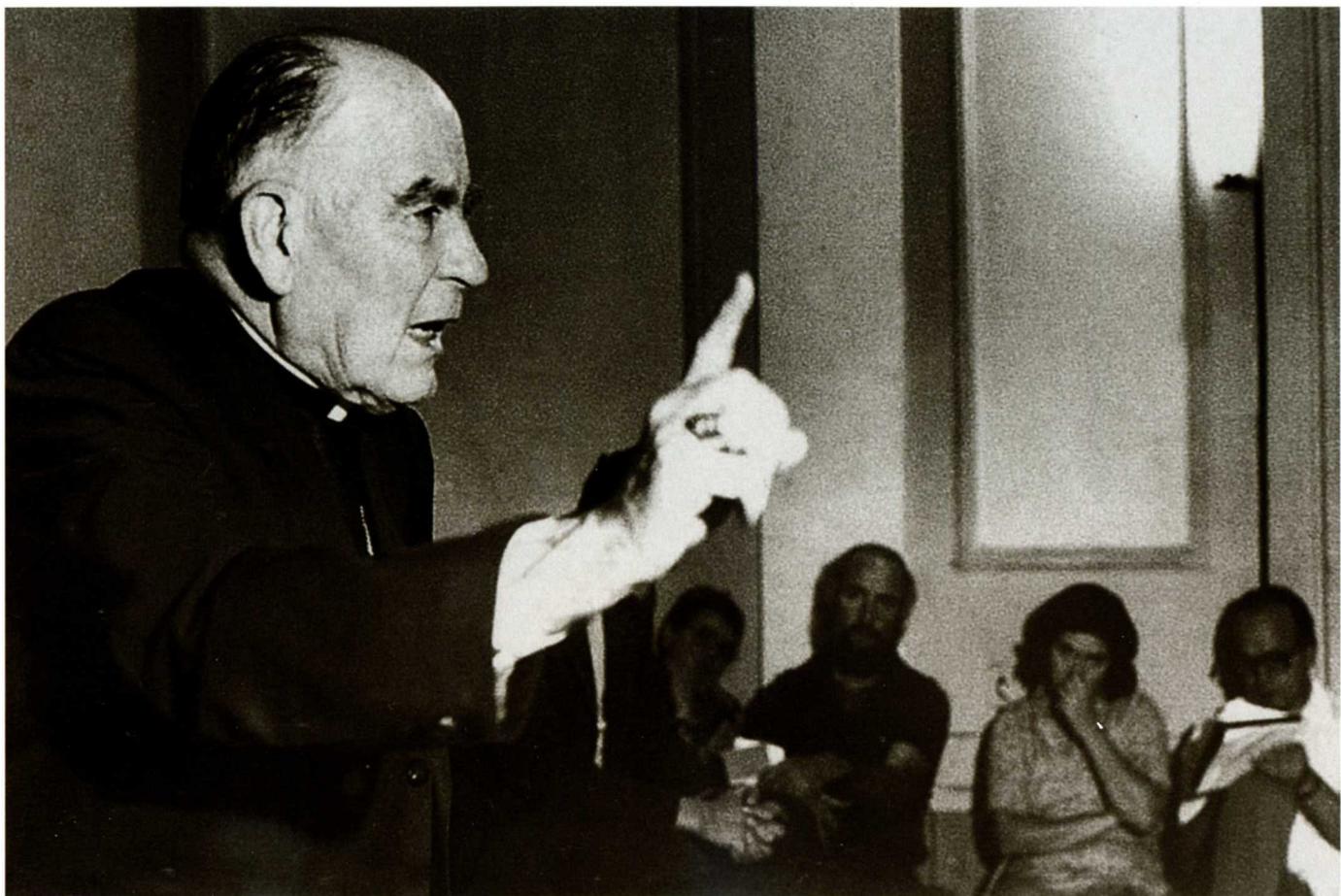


Brigada muralista
Ramona Parra.

Una imagen de la Virgen del Carmen se observa en la ocupación de estación Batuco. Se interrumpió el tránsito de trenes desde y hacia Valparaíso.







El cardenal Raúl Silva Henríquez.



Senado. En primera fila, Benjamín Prado, Andrés Zaldívar y Rafael Moreno. Arriba: Jorge Lavanderos, Osvaldo Olquin y Eduardo Frei Montalva.



Fruto de una provocación y del nerviosismo, el comandante en jefe del Ejército, Carlos Prats, disparó un tiro de revólver a un auto en avenida Costanera. En las fotos, el vehículo de Prats después del incidente.



Toma de terrenos en Conchalí.





La diputada Gladys Marín.



Sergio Onofre Jarpa, presidente del Partido Nacional.
A la derecha: Jorge Alessandri camina por el centro de Santiago acompañado de Hugo Rosende. Atrás se observa a Patricio Mekis.





El Presidente Allende saluda desde el balcón de La Moneda.



Al centro, Hortensia Bussi de Allende.





Salvador Allende en la inauguración del túnel Chacabuco.



El general Carlos Prats, el ministro de Defensa José Tohá y el comandante en jefe de la Fach, César Ruiz Danyau.



Los periodistas Patricia Guzmán y Eugenio Lira Massi junto a Carlos Altamirano.





El Presidente Allende y el general Alberto Bachelet.



Grupo de Amigos Personales
del Presidente, los GAP.



Allende junto a Rafael Agustín Gumucio, Víctor Manuel Díaz, Mario Palestro y Volodia Teitelboim.







En la Corte de Apelaciones, Miguel Alex Schweitzer, abogado defensor, comenta el caso de la suspensión del diario *El Mercurio*.



En el ministerio de Obras Públicas, Salvador Allende junto a su edecán aéreo Roberto Sánchez y miembros del GAP.









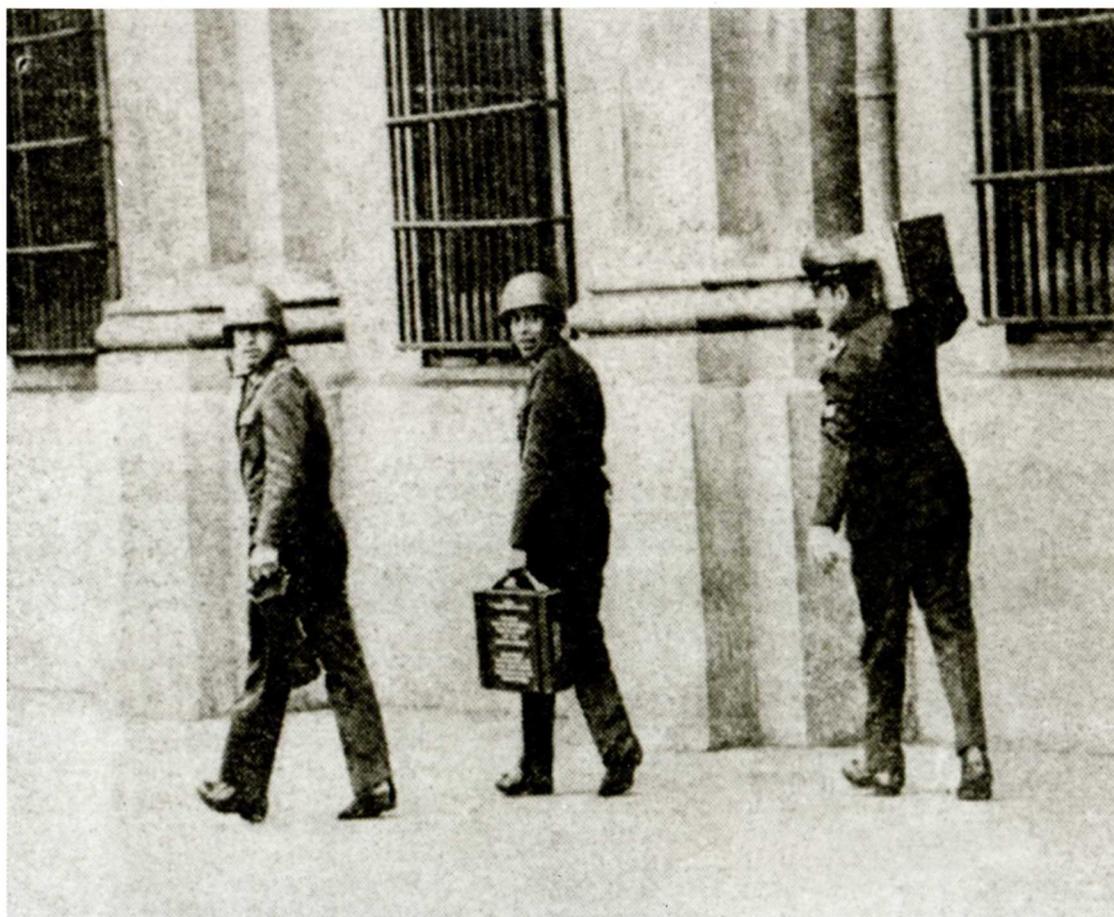
Patricio Aylwin,
presidente del Partido
Demócrata Cristiano y
Salvador Allende.



A las 8:55 A.M., el Presidente Allende observa el retiro de las tanquetas de Carabineros.









Un miembro del GAP apunta con una ametralladora desde uno de los balcones de La Moneda.



Integrantes de la guardia presidencial abandonan La Moneda.





Con pañuelos blancos y las manos en alto, funcionarios dejan el Palacio de Gobierno minutos antes de iniciarse el ataque.



Soldados de las Fuerzas Armadas apuntan a La Moneda desde el techo del ministerio de Defensa.
A la derecha: imagen captada desde el décimo tercer piso del hotel Carrera muestra el instante en que caen tres *rockets* sobre el Palacio Presidencial.





A las 13:30 P.M., detienen a Aníbal Palma. Atrás, José Tohá, Clodomiro Almeyda y Jaime Tohá.
En la otra foto: el arresto de Alfredo Joignant.







Arrestos en el centro de Santiago.





El living de la residencia de Allende en avenida Tomás Moro.



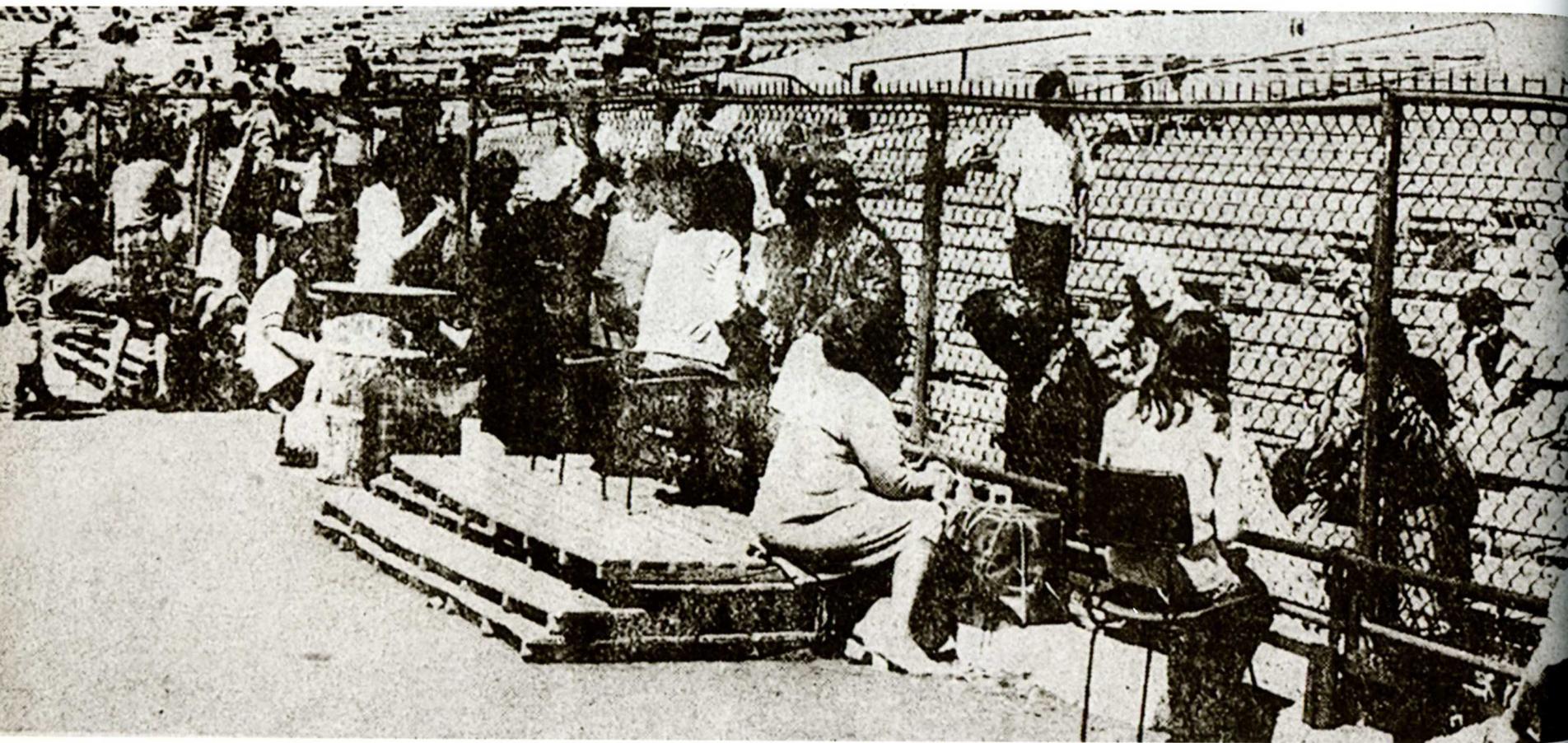
Alicia Godoy de Mendoza, Margarita Ríofrío de Merino, Lucía Hiriart de Pinochet y Gabriela García de Leigh.



Junta Militar de Gobierno: César Mendoza Durán, José Toribio Merino Castro, Augusto Pinochet Ugarte y Gustavo Leigh Guzmán.









Un guardia vigila mientras le cortan el pelo a detenidos.





Matilde Urrutia, frente al ataúd del Premio Nobel de Literatura, Pablo Neruda.
A la izquierda: La Moneda en ruinas.



El cardenal Raúl Silva Henríquez, arzobispo de Santiago, durante la ceremonia religiosa oficiada en la Catedral por la paz de Chile.



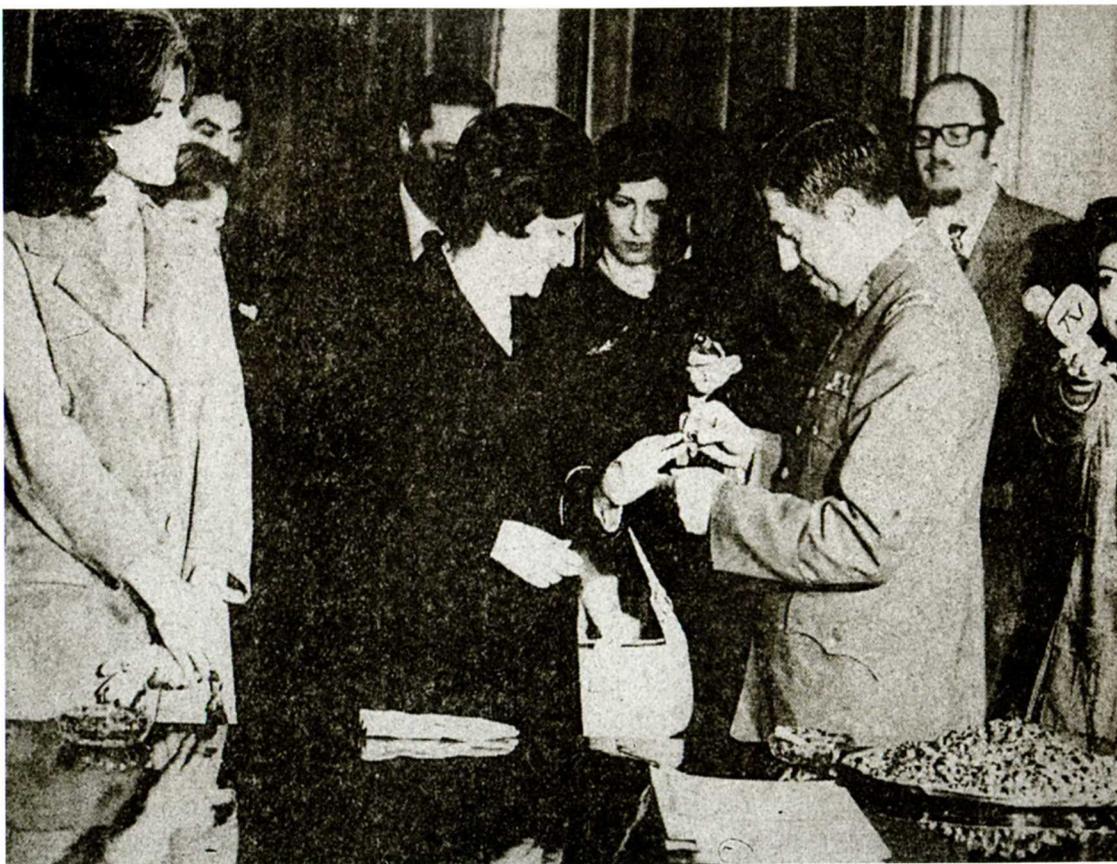
Te Deum en la Gracitud Nacional. De derecha a izquierda: el presidente de la Corte Suprema, Enrique Urrutia Manzano; el nuncio apostólico de su Santidad el Papa; los ex presidentes de la República Gabriel González Videla, Jorge Alessandri y Eduardo Frei Montalva.

**Comprométase
con
CHILE**

Comprométase con la Patria,
llevando su aporte,
cualquiera que este sea,
a todos los bancos del país.
Contribuya
a la restauración nacional,
ayudando a financiar
la Caja Fiscal
para dar prosperidad
a todos los chilenos.

ESTA ES MI
BANDERA

Agencia Central de Publicidad y Medios de Chile



Durante la campaña de Reconstrucción de Chile, Lucía Hiriart de Pinochet entrega su anillo.



Jeep del Ejército vigila las calles de Santiago.





En el exterior de su embajada, diplomáticos soviéticos esperan ser trasladados al aeropuerto para retornar a Moscú.





César Mendoza Durán, general de Carabineros; José Toribio Merino Castro, comandante en jefe de la Armada;
Augusto Pinochet Ugarte, comandante en jefe del Ejército y Gustavo Leigh Guzmán, comandante en jefe de la Fuerza Aérea de Chile.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECC. SELECCION ACQUISICION Y CONTROL

23 SEP 2003

DEPOSITO LEGAL